

GREGORIO MARTINEZ SIERRA EN SUS PRIMEROS LIBROS

Por JOSE MONTERO PADILLA
Universidad Complutense de Madrid

Gregorio Martínez Sierra publica su primer libro en fecha tan cargada de sugerencias históricas y literarias como la de 1898. En este mismo año dan a conocer también sus primicias escritores como Francisco Villaespesa, Herrera y Reissig, Vicente Medina... Resulta curioso por demás observar que, a pesar de ello, estos escritores, en general, se hallan lejos de las inquietudes de otros que, más tarde, serán designados precisamente como *noventa* y *ochistas*...¹.

Poco después, el 21 de enero de 1899, la *Revista Moderna* de Madrid, dedica al nuevo libro el siguiente comentario:

«Se ha puesto a la venta, al precio de dos pesetas, un bonito volumen del joven y brillante escritor Gregorio Martínez Sierra. El libro se titula *El Poema del Trabajo*, y está escrito en castiza prosa castellana. No es un libro más *El Poema del Trabajo*, no; es un libro que debe leerse y que se leerá seguramente. Muestra notable de cómo escribe el Señor Martínez Sierra es el precioso trabajo *La canción de las gotas* con que honramos nuestro número anterior. Nuestra enhorabuena al joven literato.»

La obra va precedida de un *Atrio* de Jacinto Benavente. Este, quince años mayor que Martínez Sierra, cuenta ya por entonces con la estimación de la crítica y comienza a triunfar ante el público. Anteriormente ha publicado *Teatro fantástico* (1892), *Versos* (1893), *Cartas de mujeres* (1893)... Y ha estrenado las comedias *El nido ajeno* (1894), *Gente conocida* (1896), *El marido de la Téllez* (1897), *La farándula* (1898)...

En su *Atrio*, breve, muy de estilo de época, el escritor hace, entre otras, las siguientes afirmaciones:

«Flores de primavera alfombran el suelo y enguirnaldan las columnas del

(1) Véase DIAZ-PLAJA, G.: *Modernismo frente a Noventa y Ocho*, Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1951, p. 119.

Templo, cuando por el atrio llega un joven, coronado de luz juvenil la frente, creyente con la fe batalladora del mártir, no con la resignación abatida del místico.

«Canta la fuerza, la vida y el trabajo humanos; es elocuente por abundancia de sentimiento más que de palabras. Los que salís ya del Templo desengañados, los que convertisteis la religión del Arte en política social para la vida, no sonriáis desdeñosos al neófito ferviente, ni pretendáis que rece en vuestro coro con fórmulas de ritual»².

El Poema del Trabajo está formado por una serie de breves capítulos, cuya estructura y carácter los sitúa entre la leyenda de abolengo romántico y el poema en prosa modernista. En el lenguaje y en el estilo, junto a resonancias todavía románticas y becquerianas, se muestran ya galas y preciosismos de la nueva tendencia modernista. Un amoroso gusto por las descripciones de la naturaleza se reitera una y otra vez. El propósito simbólico y docente se patentiza en algunos capítulos. El autor — y este es el sentido fundamental de su libro — celebra el esfuerzo fecundo, el trabajo creador, el abrazo de éste con la idea, del que nacerá el arte...

Obra juvenil — evidentemente —, resulta monocorde y reiterativa en algunas de sus páginas, pero contiene aciertos y preludia rasgos que se harán característicos en las obras posteriores de Martínez Sierra: hondo sentimiento de la naturaleza, profundo lirismo, afán descriptivo, cuidado y primor preciosistas de la forma...

Muchos años después, el historiador y crítico literario Federico de Onís enjuiciará así esta publicación primeriza:

«Aunque tuviera, como no podía menos de tener, la falta de madurez y proporción propia de las obras juveniles, mostraba ya los caracteres originales de la personalidad de su autor, que habían de conservarse y depurarse a través de una compleja y variada evolución literaria. Era aquella obra un canto al trabajo y al arte, y a ambos ha consagrado Martínez Sierra su vida entera. De modo que su canto era sincero...»³.

Antes todavía de que finalice el siglo, verán la luz nuevas publicaciones: *Diálogos fantásticos*, en 1899, y *Flores de escarcha*, en 1900 — cruce ya de una centuria a otra —.

Martínez Sierra dedica esos *Diálogos* a Jacinto Benavente, y solicita a uno de los poetas más ilustres y significativos de aquella hora literaria, Salvador Rueda, que le escriba unas palabras preliminares. Estas constituyen un elogio generoso, apasionado en algunos momentos, del joven autor, y contienen perspicaces observaciones sobre el estilo y carácter de su obra.

«Gregorio Martínez Sierra — afirma inicialmente el prologuista — es un joven de diez y ocho años, cuya inteligencia literaria supone el doble de esa edad: parece como si su cerebro hubiese andado solo por la vida, observándoles, diez y ocho años antes de ser engarzado en su cuerpo respectivo.»

Rueda subraya la peculiaridad del estilo de Martínez Sierra: «Lo mismo *El Poema del Trabajo*... que los *Diálogos fantásticos* se ve claro que son obras hijas de un mismo modo de ver, de sentir y de expresar. Martínez Sierra tiene fisonomía literaria, nace a las letras con la cualidad, rara por lo preciosa, de ser un escritor a quien se le reconoce sin acudir a leer la firma.» Y señala, agudamente, algo que, más tarde, será a veces motivo de censura: la reiteración de temas y procedimientos estilísticos: «Es de los que, en obras sucesivas, repetirá parecidos temas a los ya

(2) *Ob. Comp.* Madrid, 1921, p. 12.

(3) DE ONÍS, F.: *España en América*, 1955, p. 519.

escritos, y libros que se asemejarán mucho unos a otros. Pero no esté el señor Sierra quejoso —añade Salvador Rueda— de esa monotonía aparente; es una señal, una marca de los artistas de más mérito.»

Elogia, asimismo, *Los Diálogos* en relación con *El Poema del Trabajo*, por considerar que de una a otra obra su autor ha avanzado considerablemente. Y la transparencia y cuidado primoroso de la forma por Martínez Sierra le hace pensar en el cristal: «Mejor formado aún su léxico en *Diálogos fantásticos* que en *El Poema del Trabajo*, bien se ve que Martínez Sierra ha ganado mucho desde un libro al otro como pensador y como artista de la expresión; toda la sustancia intelectual y espiritual de esta hermosa obra está encarnada en la tersura de un estilo mucho más acabado. Por la transparencia con que en él se ve la idea, por la luz interna que alumbraba la emoción, por lo traslúcido, en fin, de la forma, esta me recuerda un objeto primoroso de china o de cristal. Como se va a Murano por el cristal más famoso, Sierra va por su diafanidad de estilo al Murano literario, cuyo camino tantos desconocen»⁴.

Este elogioso preámbulo venía a constituir, por el prestigio de quien lo firmaba, un pasaporte literario de libre circulación para el entonces nuevo y jovencísimo escritor.

En la nueva obra la huella romántica se hace ya imperceptible, mientras que la filiación modernista, en cambio, resulta evidente. Con estos *Diálogos*, Martínez Sierra se confiesa públicamente como escritor adscrito al movimiento literario modernista. Un sentido poemático impera en el libro, cuyos capítulos forman, en general, otros tantos poemas en prosa. No resulta difícil percibir en ellos ecos rubenianos. Así, por ejemplo, en la *Introducción* de los *Diálogos*, cuando leemos: «Sonreía: Ella siempre sonríe... ¡que son sus labios el nido perfumado de la Dicha! Sonreía y charlaba con gorjeo de pájaro...», surge el recuerdo de la Marquesa Eulalia, de Rubén, que «ríe, ríe...», y en la que acaso pensó, asimismo, Valle Inclán para la Augusta de su novela *Epitalamio*, del año 1897, que también «reía, reía siempre...».

Los diálogos se suceden. Unas veces hablan el poeta, la Naturaleza, el Sol, el lago... Otras, el artista, y las hadas —las buenas hadas, las maléficas, el hada reina, la de las risas, la de los sueños, la de los besos, la del hastío...—. O seres abstractos, simbólicos...: el Trabajo, la Idea, el Alma, los Recuerdos, las Esperanzas, el Hombre, la Verdad, la Riqueza, el Placer, la Gloria, el Corazón y la Cabeza, la Vida y la Muerte... Como en un lírico y fantasmagórico auto sacramental. El sentimiento amoroso hacia la naturaleza y hacia sus seres persevera, depurado, y vivifica a lo inanimado. Así, pueden conversar la Noche, el Ruiseñor, la Estrella pálida, el Arroyo, los Fuegos fatuos, las flores nocturnas...

El *Epílogo* que cierra el libro constituye un bello y representativo texto:

«Fue el primer día gris, después de cien días de oro, cuando la niña pasó la última página del libro.

—¿No más?

—No más, mi vida. Las musas sólo viven entre rayos de sol: los cielos grises ahogan sus canciones.

Suspiró...

—¿Tú estás triste, mi poeta, cuando las musas callan?

—Siempre tuvo mi alma el color de los cielos.

—Yo seré la musa de tus días grises.

(4) Prólogo a *Diálogos fantásticos*. En *Ob. Comp.* Madrid, 1921, pp. 89-97.

Y con voz murmurante, como pasar de brisa sobre campo de lirios, dijo al poeta el cuento peregrino de risas y de besos... ¡y aún habla!»⁵.

A *Diálogos fantásticos* sigue, en el orden cronológico, *Flores de escarcha*, publicado en 1900. Dedicada la nueva obra a Salvador Rueda («Sólo a usted, el más sincero de nuestros grandes poetas, me atrevo a dedicar estos versos que no tienen otro mérito que el de la sinceridad...»), va precedida también de un prólogo, pero esta vez del propio autor. De él parece deducirse que se trata de obra compuesta con bastante anterioridad: «Son las primicias de mi arte, olvidadas mucho tiempo. Van sin aliño, sin corrección alguna; tales como fueron pensados, tales como salieron hechos de mi corazón...»

El mismo Martínez Sierra emplea la palabra *versos* para designar el contenido de su libro. Y explica al respecto:

«Son versos libres. Mis buenas hadas, sin duda, no quisieron concederme el don de la rima. Si rimase mis versos, acaso fueran más hermosos, pero no serían sinceros.»

Al examinar el contenido del libro —de muy breve extensión— se observa, una vez más, que se trata de una serie de poemas en prosa, de los que fluye un delicadísimo, trémulo sentimiento lírico. El sentido rítmico de la prosa aparece de modo continuo, e incluso resulta fácil descubrir los versos —octosílabos, endecasílabos, heptasílabos...— disimulados en la forma de composición prosaica. Véanse algunos ejemplos:

«Elevóse en los cielos lentamente,
como nube de aroma
desprendida de áureo incensario
arrobando las almas...»⁶.

«En las aguas silenciosas
engañóle la sirena.
Sobre lecho de corales
duerme en el fondo del mar.
Ya la frente de la esposa
no ciñe el nimbo de oro,
..... »⁷.

«Caminando, caminando
llegan donde el bosque empieza.
Dos encinas se adelantan
como vigias celosos.
De una copa a la otra copa
tiende la yedra festones.
En las ramas suena el aire...
¡Quién sabe si llora o canta!
Las esquilas del ganado
tintinean en la aldea.
..... »⁸.

(5) *Diálogos...* En *Ob. Comp.* Madrid, 1921.

(6) *Ob. Comp.* p. 181.

(7) *Ob. Comp.*, p. 206.

(8) *Ob. Comp.*, p. 216.

«Han dejado atrás las mieses,
han dejado atrás el bosque...
Ya no sonríen sus labios,
¡que es harto rudo el camino!
Fórmanle rocas peladas
que en los pies abren heridas...
Dice la niña llorando:
—“Déjame mirar el valle,
déjame mirar el bosque,
y el arroyo y la pradera...”
..... »⁹.

La facilidad que el verso libre concede al poeta para expresarse más *libremente* —valga la redundancia—, y, por consiguiente, ser fiel, plenamente, a sus sentimientos, y que Martínez Sierra cifraba en esa relación de identidad verso libre = sinceridad, es interesante por demás, máxime si se tiene en cuenta que está formulada en un momento en el que el imperio de la rima aparecía aún casi absoluto... Surge al respecto el recuerdo del poeta Cabanyes, cuando en una carta de comentario a un poema suyo, afirmaba: «Son mis versos, cual mi espíritu, libres...»¹⁰.

Martínez Sierra defiende en su prólogo —de carácter lírico— al libro su condición, ante todo, de poeta:

«El día en que mi nombre amparase una obra no sincera, renunciaría a llamarme poeta... Y, usted lo sabe, el nombre de poeta es mi único título de gloria, el único espacio donde acierta a volar el pajarillo ambicioso que ha hecho nido en mi alma.»

Aunque él mismo reconocía, a la vez, un tanto melancólicamente, que los rumbos de su producción literaria se orientan ya de muy diferente manera:

«Sabe usted también que este libro está muy lejos de todos mis trabajos actuales. Por eso le publico: como postrera mariposa de una primavera de arte..., como amante despedida que envía mi corazón a sus días de ensueño: ¡sus días de oro!»¹¹.

Así, con tal bagaje literario, entra Gregorio Martínez Sierra, en el recién nacido siglo xx.

(9) *Ob. Comp.*, p. 216.

(10) «Sobre sus cantos la expresión del alma/vuela sin arte: números sonoros/desdeña y rima acorde; son sus versos/cual su espíritu libres.» Sobre estos versos suyos, dice una nota del mismo Cabanyes: «Indudable parece que la razón ganaría no poco en la moderna poesía si de ella se desterrase el consonante.» Sebastián Puig: *El poeta Cabanyes. Notas bibliográficas*. «Preludios de mi lira» y otras poesías. Documentos. Barcelona, 1927.

(11) *Ob. Comp.* Madrid, 1921, pp. 171-172.